

Los nombres que te he dado

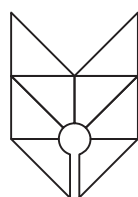


José Mateos

*Los nombres
que te he dado*

*Poesía reunida
(1983-2023)*

Prólogo de Vicente Gallego



FUNDACIÓN
**JOSÉ
MANUEL
LARA**

Vandalia

Vandalia, 114

Director de colección: Jacobo Cortines

Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque,
Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Primera edición: marzo, 2024

© de los poemas: José Mateos, 2024

© del prólogo: Vicente Gallego, 2024

© Fundación José Manuel Lara, 2024

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Diseño: Estudio Manuel Ortiz

Maquetación: Manuel Rosal

Fotografía del autor: José del Río Mons

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 296-2024

ISBN: 978-84-19132-34-5

Printed in Spain-Impreso en España

UNAS PALABRAS SOBRE JOSÉ MATEOS Y SU POESÍA

VICENTE GALLEGO

José Mateos es uno de esos buenos amigos de toda una vida al que, sin embargo, conocí hace sólo unos años. Hasta entonces no habíamos tenido ninguna relación, aunque yo había seguido su trayectoria poética con creciente interés, interés que comenzó poco a poco a convertirse en comunión, pues es así como se lee la poesía, comulgando con ella, haciéndonos partícipes de sus revelaciones como cosa propia. Somos todos los poetas que hemos leído con devoción, somos nadie, somos ese manantial de la escritura y la lectura que bebe de sus propias aguas, del caudal infinito del amor expresándose. No hay yo ni tú en cuanto el canto toma la palabra, lo que hay es esa buena nueva que procede siempre de la escucha atenta del silencio, lo que hay es el silencio mismo indicándonos el camino de vuelta hacia el origen a través de la palabra libre ya de cualquier otro propósito, la que se pronuncia como testimonio de su radical insuficiencia para nombrar la realidad primera y última en que se incardinan todas las cosas, la palabra amorosa, enamorada del misterio. Y es ahí donde encontramos el centro

mismo de la diana al que apuntan todos los versos incluidos en este volumen.

Por fin –y en buena hora– pude conocer a José Mateos con su eterno sombrero de pura cortesía, que creo yo que lo lleva para descubrirse a cada paso ante el prodigio de lo vivo arborescente, ante esa invasión repentina de las cosas que surgen como formas de la luz y a ella retornan. Cuarterón de calé por parte de abuelo, circula en torno a él no sé qué hechizo, qué elegancia que nos lo hace más presente cuanto más se sume en su discreción y en su alegría callada. ¿Alegría de qué? Alegría de haber recibido el don de la certeza, pues el que ama sufre, pero jamás alberga dudas. Mateos es un creyente singular, porque cree de todo corazón en aquello que no existe, que ha volcado su ser sobre nosotros para reservarse la plenitud propia de lo que ya no es nada al serlo todo. El dios que lo acompaña por las calles de su Jerez natal no es un ente urdido por el pensamiento, sino la pregnancia de lo omnipresente haciéndose carne de su carne, vuelo en el vuelo de los pájaros, aroma en el efluvio de las flores. Y él se para frente a la arboleda: cuatro trazos les bastan a sus aguadas, y aquello que la palabra no alcanzaba a expresar cobra vida por obra del pincel, porque nuestro amigo es poeta en sus láminas y pintor en sus poemas. Podría parecernos algo taciturno, pero si hay que perder el sentido golpeando con los nudillos la madera de la mesa en cuanto trota la yegua de la bulería, él sabe lo que se hace, que esas cosas no se aprenden, se maman. Digo que éramos amigos desde siempre, aunque lo conocí hace sólo unos años, porque cuando uno conoce a un hombre honesto, a un hombre enamorado de la verdad en cada ocasión y trámite de la vida, la sensación que tiene es que esa amistad es tan antigua como esta familia universal de los felices.

José Mateos lleva casi cuatro décadas publicando pausadamente libros de poesía y, desde el mismo principio de su andadura, siempre ha tenido claro qué era lo esencial, lo verdaderamente nutritivo en este ágape a ciegas de la escritura. Lo que quiero decir es que, teniendo bien presente que un solo lector entregado reúne en sí a todos los lectores deseables, ha ido dando a conocer sus versos de la manera menos ruidosa posible, como si no pudiera negarle a este mundo feo esas gotas de belleza recibida en la soledad amiga del poeta, pero tratando a la vez de hurtarse a la fealdad del mundillo literario, decidido a transitar por la retirada senda y a afincarse sólo en el lugar ameno. El resultado previsible de su honestidad ha sido el de una grave descompensación entre la excelencia de su obra –una de las más intensas, coherentes y singulares de su generación– y el frecuente olvido de ella por parte de la crítica menos avisada. A él, empeñado en borrar su nombre de todo posible asiento en el Parnaso, empeñado incluso en borrar las huellas de su persona del suelo inmaculado del poema, todo el asunto del reconocimiento público le importa menos aún que al buen Sancho las nubes de antaño. Para estar en el candelero hace falta estar a la última, y un poeta, si de veras lo es, sólo puede estar a la primera, a la palabra hallada en el verdadero origen, la que nace en lo oscuro de la conciencia, en ese espacio uterino de la atención amorosa. Las demás provienen de lo leído y lo pensado y, muchas veces, del deseo de construirnos una personalidad poética acorde con lo que dictan los tiempos. Sólo así seremos halagados y tenidos en cuenta. Pero Mateos sabe que el de la poesía es camino de despersonalización, camino de renuncia a lo personal y privado en favor de la verdad poética, y sabe también que no existe el público cuando de poesía se trata, sino el lector, y que el poema no persigue a las multitudes,

porque se dirige siempre a la soledad de un corazón que es todos los corazones, a la inmensa minoría juanramoniana. Así pues, por fortuna para sus lectores, nunca ha sentido la necesidad de seguir modas. Ahora bien, esa negativa suya a verse representado por ninguna tendencia o escuela más o menos en boga lo ha llevado a la plena actualidad de una obra que es ya una realidad incontestable para toda sensibilidad bien cultivada. Y justo en eso estamos hoy, en celebrar la aparición de su poesía reunida, que ya no le pertenece al tiempo fugitivo, sino al *quietus* del hallazgo memorable.

En cuanto a lo formal, tratándose de un lector privilegiado de nuestra tradición y de un poeta excepcionalmente dotado para la música, su poesía es de factura clásica, pero de un clasicismo que no incurre jamás en la mera repetición de unas maneras, sino que va encontrando y afinando su entonación personalísima a través de los metros que vertebran nuestra prosodia y han dado voz a nuestros mejores poetas: el heptasílabo, el octosílabo de los romances y canciones, el endecasílabo y, con menos frecuencia, el alejandrino. Su vibrante relectura de nuestra lírica de tipo popular queda de manifiesto en sus canciones, así como en sus frecuentes citas de diversos poemas de tan rico acervo. Mateos ha bebido con provecho de esa fuente fundacional, de esas jarchas y cantigas, de casidas y gacelas, y así sus canciones vuelan con casi nada, cantan con lo imprescindible, tiemblan como la llama de una vela en esta noche oscura de los días. Pero esos poemas breves, en su mínima expresión, en su ahorro de grandilocuencias, llevan agazapada su carga de profundidad y nos empujan hacia el oscuro precipicio del sentido, allí donde la poesía es emoción y la emoción se transmuta en poesía, porque, para Mateos, el oficio del poeta nada tiene que ver con lo racional, con el ingenio o la retórica, pues empieza donde

toda esa impedimenta ha quedado superada. Para él la poesía es un asunto del corazón, no del corazón particular del poeta, sino de la conciencia universal en su expresión de sí misma, en su perplejidad constitutiva. Si el poema no duele, cómo puede curarnos y justificarnos. Al fin y al cabo, se trata de un nacimiento, y todo nacimiento es doloroso, por más que ese dolor conduzca a la alegría que siempre supone el encuentro con una nueva vida.

Siendo Mateos también un estupendo pintor –y de los realmente delicados, de los que hacen vigor de su delicadeza–, su mirada educada en la contemplación del paisaje, de los tonos y climas de la luz, de los frutos y flores, de los días y noches, hace de muchos de sus poemas más despojados aguadas y acuarelas en las que lo narrativo, lo anecdótico y lo circunstancial quedan aparte, así como el poeta, que huye de entrometerse y nos deja ante unos versos como brotados de sí mismos. Esas florecillas silvestres, esas anotaciones al desgaire están llenas de sabiduría poética, han sido medidas escrupulosamente por el patrón de una gracia que no se persigue, se halla, nos es concedida. Mateos, si algo busca, es quitarse de en medio para que el poema diga su verdad, y ese troncal empeño suyo ha ido llevándolo hacia un paulatino adelgazamiento en su decir, que en su penúltimo libro, *La hora del lobo*, alcanza una intensidad fuera de lo común:

«No volveré a escribir. Lo juro»,
dije después de hundirme
como piedra en el fango.

La enfermedad es como un agua negra,
y contra el sucio,
resbaladizo fondo de la muerte

¿qué puede la canción del que va solo?

Y aquí me tienes,
cantando una vez más la luz de marzo
y el roce de mis pies sobre la hierba.

En su marmita borbotean las soleares y seguiriyas, toda la tradición flamenca que lo traspasa, ese duende, ese garbo de lo breve y de lo muy sentido que se da en su tierra de manera natural, aires que conviven felizmente con el endecasílabo de la mejor estirpe –sigue fluyendo el río de Garcilaso–, pero todo tan bien avenido, tan hallado de nuevas y tan desnudo, que la sensación del lector es que estos versos, en su liviandad, carecen casi de raíces, se alimentan del aire y van al aire, y nos llenan de aromas en su vuelo.

En cuanto al fondo existencial del que nace su poesía desde el principio mismo en que comienza a escribirla, Mateos ha sido siempre un poeta –y por tanto un ser humano– profundamente enamorado del Misterio. Misterio escrito con mayúscula, porque se trata de ese Misterio que no necesita ser resuelto, pues no puede serlo sin verse apeado de toda su pureza y realidad, Misterio que nada tiene que ver con el dios conocido, sino con esa dimensión en que dios se desconoce a sí mismo para mejor conocerse como lo inefable y lo irreductible y que, sin embargo, es carne de nuestra carne, está en todo cuanto somos, hacemos, padecemos, vislumbramos. El Misterio son las flores del almendro destellando a la salida del hospital, es nuestro cuerpo niño abriéndose a la mar azul de agosto eterno, el Misterio es la conciencia en que aparece todo lo conocido, nuestra capacidad de amar, más aún, esa llamada interior que nos invita a reconocernos en el ser único, en ese amor que ca-

rece de nombre porque está vivo, porque es vida abundante en el principio y en el fin. De este sentimiento del Misterio absoluto ha ido alimentándose la poesía de Mateos, no para desvelarlo de manera racional –vano propósito–, sino para arrojarse en él cada vez más profundamente, para pedirle que acreciente su perplejidad. En un reciente libro suyo en prosa, *Tratado del no sé qué*, al que tengo por una pequeña joya y en el que habla por boca de nuestro poeta la pura lucidez, le escuchamos decir:

¿Alguien puede vivir sin implorar, sin agradecer –aunque no lo sepa– a un interlocutor que no se deja ver y cuya sombra parece cubrirnos en todo momento? ¿Podemos realmente escapar de ese Dios que no sabemos y que parece esconderse tras una Gran Oscuridad? ¿Hay hombre sin esa otra dimensión que nos hace temer y temblar y que a lo largo de los tiempos y en diversos espacios geográficos ha adquirido nombres y genealogías tan variadas y, al mismo tiempo, tan semejantes? [...] Y es que en esta vida tenemos una única obligación: dejar de existir. Dejar de existir para que el Dios que nos creó sin nuestro consentimiento nos pueda volver a crear con nuestro consentimiento.

Y este consentimiento pasa por la aceptación del más grande órdago: formamos parte de esa Gran Oscuridad inviolable, somos, pues, esa Gran Oscuridad en la que Dios se pierde a sí mismo para recobrase en su pureza original, en ese más acá donde Dios ya no es Dios ni criatura ni cualquier otra cosa, en su unidad, en su estado natural. Entonces, ¿será filosofía lo que se encuentre el lector de estos versos, doctrina acaso? Nada hay más lejos de la intención y los logros de José Mateos como poeta consciente de su cometido. Hemos establecido el presupuesto existencial

desde el que parte su sentir, pero sus textos, su modo de encarnar ese amor loco por el Misterio, ese amor ávido de muerte por ávido de luz, van por muy otros derroteros, los del recogimiento y, por qué no decirlo, los de la oración. Una oración que jamás pide nada, ni siquiera conocimiento, pues el conocimiento que al poeta le interesa no es de orden racional, una oración que supone ponerse en clara sintonía con las cosas, todas ellas halladas en el seno de la Gran Oscuridad que constituye su propio ser, porque sólo desde el seno de la Gran Oscuridad somos capaces de ver la luz de la naturaleza propia de todo lo vivo. He empleado la palabra oración para referirme a la temperatura de estos versos que, en cada brizna de hierba, reconocen lo sagrado, eso que no se deja desentrañar por el intelecto, pues constituye la entraña misma de nuestra presencia consciente. El Misterio va con nosotros allá por donde vamos, ya que somos la luz a la que todo se le presenta y, ante tal imponderable, sólo cabe una vuelta a la inocencia de la mirada niña. Hubo un tiempo en que conocíamos las cosas por estricta proximidad, a través de los poros de nuestra piel, que permanecen abiertos a lo infinito. Más tarde se nos enseñó a pensar, a separarnos de la totalidad, y el conocimiento se encerró en miles y miles de conceptos reductores y contradictorios. La oración que elevan estos versos –su canto de gratitud– no se aviene con lo consabido, con la idea que tenemos acerca de las cosas, sino con un acercamiento sensorial y carnal que nos las presenta como acabadas de dar a luz, todavía deslumbradas, pues terminan de salir de ese vientre oscuro de lo real manifestándose aquí y ahora. Para Mateos no hay un dios creando la rosa, porque eso ya implicaría una separación en el seno de la unidad absoluta, del Misterio insondable, sino que su Dios, en ese preciso instante de mirarla y verla –no de pensarla–, se da a conocer

a sí mismo como la rosa. De ahí que estos poemas, sin caer nunca en la palabrería religiosa, contemplen la naturaleza como la más alta expresión de lo completamente hermético en sí mismo. Extrañeza infinita y suma familiaridad son las dos caras de una misma moneda, la de la contemplación de la realidad que surge de un espíritu contrito, consciente de lo inefable y de lo inabarcable en cada estrella luciente, cada grano de arena.

La poesía de Mateos está llena de preguntas que no quieren verse respondidas, de exclamaciones cuyo eco nos lleva hacia una certidumbre de nada, pero qué fragante, qué hiriente de agujas benefactoras. Porque la carne está ahí sólo para abrirnos a la inmensidad de ese espíritu que sopla donde quiere y en todo se derrama. Lleno de confianza, de esa fe sin objeto que se nutre de sí misma, abierto por los cuatro costados al hecho radiante e incontestable de la vida, el poeta está listo para la contemplación y el canto que la sigue, que la lleva más allá, pero siempre a través de lo concreto, de los dones humildes de cada día. Y un día como otros, la enfermedad vino a visitar al poeta, el dolor se apoderó de su cuerpo, el hospital se abría como boca de lobo o antesala de lo inaudito, pero él continuó amando más que nunca, y no fue aquella su hora. A ese paso por los infiernos le debemos sus dos últimos libros: *La hora del lobo*, donde el sufrimiento se destila en el matraz de unos versos enjutos, casi transparentes, vibrantes de emociones contenidas, y *Tratamiento y delirio*, donde nos encontramos al Mateos más visionario que hemos leído hasta ahora, pues el libro es un viaje al centro mismo del estupor contado desde ese clima de pesadilla que se da en los hospitales: niños sufriendo, almas en pena, efluvios medicamentosos, los tenues límites entre lo soñado y lo vivido, la ausencia clamorosa de dios y su presencia incomprensible quién sabe

en qué oscura comunión con el sufrimiento, porque los pájaros siguen celebrando cada amanecer, y las flores florecen más allá del cristal helado de las ventanas. Hablamos de un libro estremecedor que el propio poeta ha dudado en dar a conocer hasta ahora por temor a incurrir en la falacia patética, pero que, sin embargo, encuentra el modo de hacer de la congoja perplejidad y del mudo sufrimiento un canto de pura compasión por cuanto alienta.

José ha vuelto a sus paseos por los campos de Jerez, la tierra de la que nunca se ha querido separar por mucho tiempo, y yo quisiera dejarlo disfrutando de sus ocios y devociones durante los próximos mil años. Miradlo, allá va, se ha detenido a anotar unos versos en su cuaderno, con cuatro trazos de su carboncillo ha echado un pájaro al vuelo. Es el esclarecedor de lo fehaciente, el que ha cantado lo cristalino. Gracias, hermano, por tanto bueno en la vida y en el arte como nos ha traído tu generosidad. Tus versos durarán, porque no son tuyos, son hijos de un corazón estremecido.

LOS NOMBRES QUE TE HE DADO
POESÍA REUNIDA (1983-2023)



A Malé Omist



PRIMEROS POEMAS
(1983-1989)



EL TIEMPO

En las tabernas sucias, en los cuartos
con fotos y cartones de otra época,
en la humedad de un sótano que guarda
el disfraz y el espejo, el uniforme,
los guantes que confiesan su lujuria,
la candorosa media y el caduco
papel donde se riman los recuerdos.

En la confusa urgencia de la muerte
que ahora recorre un cuerpo entre las sábanas.
En la abolida noche donde, herido,
conversa el asesino con su crimen.
En las sórdidas calles, en los trenes
vacíos, irreales de una noche.

Contra mí, contra ti, contra la vida.

En la terca oquedad de este poema.

MAR

Ya no veré la tarde de un azul indeciso
resbalando en la playa, detrás del horizonte.
Con los ojos aquellos dorados de inocencia
no volveré a mirar los viejos muros,
ni el regreso de un barco
recalando en la bruma densa y gris de los muelles.

He perdido el camino que llevaba hasta el mar.
Y ni siquiera sé, para encontrarlo,
en qué rara ignorancia consistió el paraíso.

JULIA REIS

Yo conocí tu época dorada,
aquellos años de estudiante en Cádiz,
cuando tú frecuentabas los suburbios
peores, los bares más inhóspitos.
Entonces era fácil encontrarte
en las sesiones últimas de cine,
bajo cualquier portal o en el asiento
trasero de algún coche abandonado.
Y también te recuerdo, sobre todo,
momentos antes de empezar la fiesta,
de pie y muy morena, preparando
inexplicables cócteles, martinis...
Mis amigos sabían ya del turbio,
inextinguible fuego de tus labios,
y yo no supe hablarte o no lo hice
esperando quizás mejor momento.
Y me arrepiento ahora, Julia Reis,
tierno amor sin amparo, fácil presa
de los perdidos barcos de la noche.

DÍAS DE ORO

*A José Manuel Benítez Ariza
y M^a Ángeles Robles Robles*

Hay días que de pronto nos parecen
escogidos aposta, preparados
por alguien para hacernos al fin libres
de todas nuestras deudas. Los vivimos,
desde el amanecer, con agonía,
sin humildad, sabiéndolos escasos
y, por qué no, como algo merecido.

Algunos los recuerdo: matinales
paseos por la playa, carreteras
con música de Bach, al mediodía...

Son juguetes en manos inconscientes.

Nuestra torpe pasión los estropea.